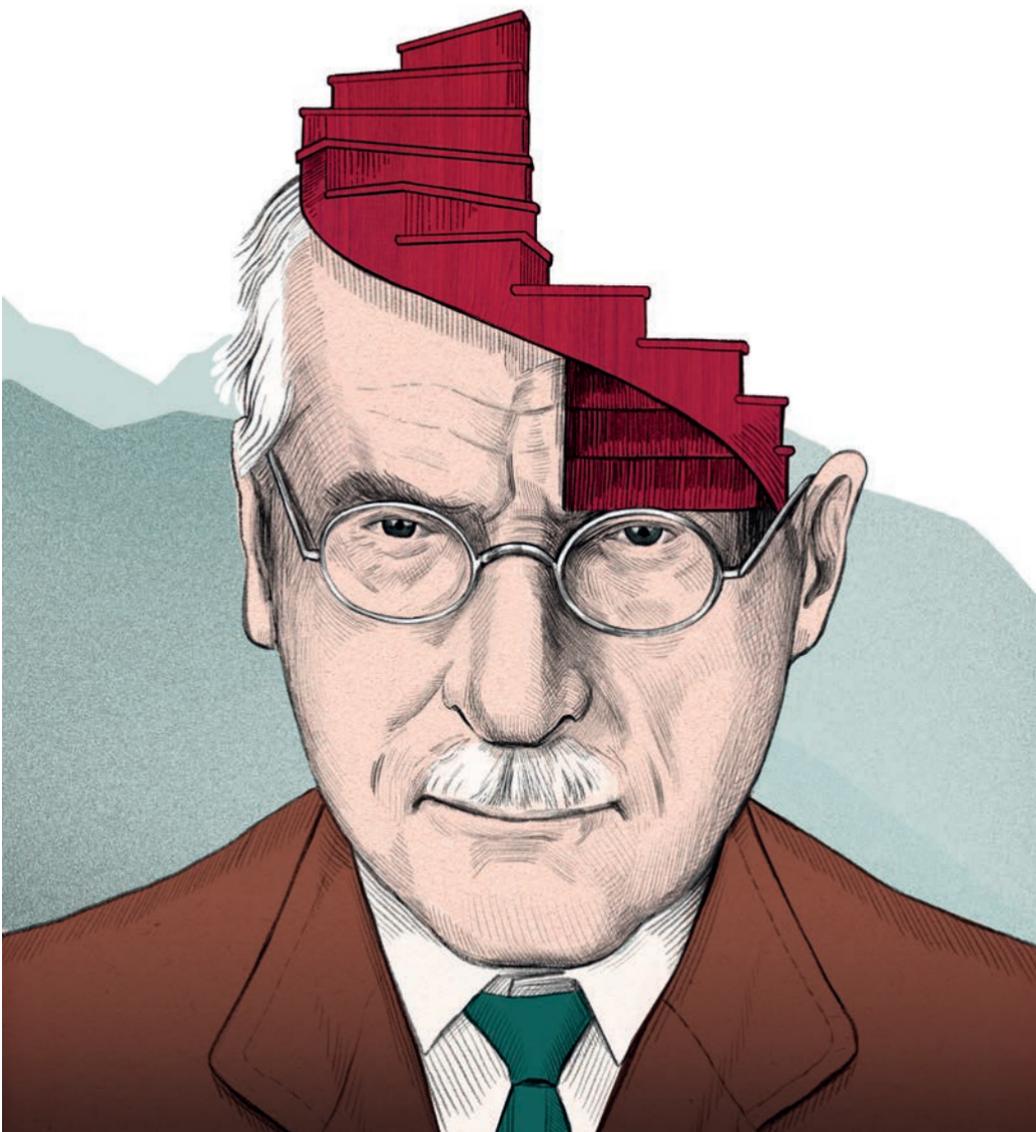


Carl Gustav Jung

Recuerdos, sueños,
pensamientos





Seix Barral Los Tres Mundos

Carl Gustav Jung

Recuerdos, sueños, pensamientos

Editado por Aniela Jaffé

Traducción del alemán por María Rosa Borrás

Título original: *Erinnerungen Träume Gedanken*

© Random House, Inc., 1961, 1962, 1963
© por la traducción, María Rosa Borrás, 1964
© Editorial Planeta, S. A., 1964, 2021
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en esta nueva presentación: mayo de 2021

ISBN: 978-84-322-3873-4

Depósito legal: B. 5.900-2021

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PERÍODO ESCOLAR

I

Mi decimoprimer año fue, hasta cierto punto, trascendental para mí, pues a la sazón fui el Instituto de Basilea. Con tal motivo tuve que separarme de mis compañeros de juegos del pueblo y entré verdaderamente en el «gran mundo», donde gente poderosa, mucho más poderosa que mi padre, vivía en grandes y espléndidas casas, iban en costosas calesas tiradas por soberbios caballos y se expresaba en los distinguidos idiomas francés y alemán. Sus hijos, bien vestidos, de elegantes modales y disponiendo de dinero abundante, eran mis compañeros de clase. Con asombro y mal disimulada envidia me enteré que habían estado durante las vacaciones en los Alpes, en las «resplandecientes montañas nevadas» junto a Zurich, e incluso en el mar, lo cual llegaba a ser el colmo. Yo los observaba como seres de otro mundo, procedentes de aquel dominio inaccesible de las nevadas montañas que brillaban como ascuas y de las lejanías inmensas del inimaginable mar. Reconocí entonces que éramos pobres, que mi padre era un pobre párroco de aldea y yo un hijo de párroco mucho más pobre todavía, que tenía agujeros en la suela de los zapatos y tenía que pasar seis horas de clase con los calcetines empapados. Empecé a contemplar a mis padres con otros ojos y empecé a comprender sus desvelos y preocupaciones. Por mi padre sentía yo especial compa-

sión, y, curiosamente, menos por mi madre. Se me aparecía como algo más fuerte. Sin embargo, me ponía de su parte cuando mi padre no podía dominar su nerviosismo. Esto no fue precisamente favorable para la formación de mi carácter. Para liberarme de estos conflictos me situé en el papel de supremo juez de paz que *nolens volens* debe juzgar a sus padres. Esto me ocasionó un cierto engreimiento que hizo aumentar mi orgullo, ya de por sí vacilante, a la vez que lo disminuía.

Cuando yo tenía nueve años, mi madre dio a luz a una niña. Mi padre estaba nervioso y satisfecho. «Esta noche tienes una hermanita», dijo, y yo me quedé del todo sorprendido, pues no había notado nada anteriormente. El que mi madre permaneciese con frecuencia en cama no me había llamado la atención. Lo interpretaba como una imperdonable debilidad. Mi padre me llevó a la cama de mamá y ella sostenía en sus brazos un pequeño ser que por su aspecto resultaba decepcionante: una cara roja y diminuta como de viejo, los ojos cerrados, posiblemente ciegos como perritos. El personaje tenía en la espalda algunos largos pelos rojizos, lo que me hizo pensar: ¿Se convertiría en un mono? Me sentía intimidado y no sabía cómo tomármelo. ¿Éste era el aspecto de un recién nacido? Se murmuró entonces algo acerca de la cigüeña que había traído al niño. ¿Qué pasaba, sin embargo, con una camada de perros y gatos? ¿Cuántas veces hubiera tenido que volar la cigüeña hasta que todos los cachorros estuvieran allí? ¿Y qué sucedía con las vacas? Yo no podía imaginarme que una cigüeña trajera en su pico a toda una ternera. Además los campesinos decían que la vaca había tenido terneras y no que la cigüeña las había traído. Esta historia era evidentemente una patraña que querían hacerme tragar. Yo estaba seguro de que mi madre había vuelto a hacer algo que yo no debía saber.

Esta repentina aparición de mi hermana me dejó una vaga sensación de desconfianza que incitaban mi curiosidad e interés. Posteriores reacciones extrañas de mi madre confirmaron mis sospechas; algo deplorable iba unido a

este nacimiento. Por lo demás, este acontecimiento no me inquietó, pero ciertamente contribuyó a agravar un suceso que tuvo lugar cuando yo tenía doce años.

Mi madre tenía la desagradable costumbre de hacerme todas las advertencias posibles cuando iba yo de visita o era invitado. Entonces llevaba yo no sólo mi mejor traje y zapatos limpios, sino que también notaba una sensación de dignidad en mi aspecto y modales y sentía como una humillación el que la gente de la calle pudiera oír las cosas ofensivas que mi madre me gritaba: «No olvides tampoco cumplir las recomendaciones de papá y mamá, y limpiarte la nariz, ¿llevas pañuelo? ¿Te has lavado las manos?», etcétera. Me parecía del todo inadecuado poner en evidencia mis sentimientos de inferioridad ante todo el mundo, en el que yo desde hacía tiempo cuidaba mi vanidad y autosuficiencia. Estas ocasiones significaban mucho para mí. En el camino hacia la casa donde estaba invitado me sentía importante y digno, como siempre que llevaba el vestido de los domingos en un día laborable. Pero el cuadro variaba mucho tan pronto como traspasaba el umbral de la casa ajena. Entonces me ofuscaba la impresión de la grandeza y poderío de esa gente. Me sentía atemorizado ante ellos y en mi pequeñez hubiera hundido catorce brazas bajo tierra al hacer sonar yo la campana. El sonido que resonaba allá dentro zumbaba en mis oídos como una maldición. Me sentía tan insignificante y miedoso como un perro que huye. Lo peor era que mi madre me había preparado antes «correctamente». «Mis zapatos están sucios y también mis manos. No tengo pañuelo, mi cuello está mugriento», resonaba en mis oídos. Entonces, por despecho, no realizaba ninguna recomendación o me comportaba deliberadamente de un modo tímido y obstinado. Cuando las cosas iban mal pensaba en mi secreto tesoro en la viga que me ayudaba entonces a recobrar mi dignidad humana: recordaba en mi desespero que yo también era el otro —aquel del secreto inviolable, la piedra y el hombrecito con levita y sombrero de copa.

No puedo recordar que en mi juventud pensara en la posibilidad de una relación entre el «*hêr Jesus*», los jesuitas con negro hábito o bien los hombres con levita y sombrero de copa en una tumba, el agujero semejante a una tumba en el prado y el infernal templo fálico, con el hombrecillo en el plumier. El sueño de dios itifálico fue mi primer gran secreto; el hombrecillo, el segundo. Sin embargo, hoy me parece como si hubiera experimentado una vaga sensación de parentesco entre la «piedra conmemorativa» y la piedra que también era «yo».

No he podido esclarecer hasta hoy, en que a mis ochenta y tres años escribo mis recuerdos, qué relaciones guardaban entre sí mis tempranos recuerdos: son como brotes aislados que nacen de un rizoma subterráneo. Son como las fases de un proceso evolutivo inconsciente. Mientras que siempre me resultó imposible encontrar una relación positiva con el «*hêr Jesus*», recuerdo que a partir de los once años aproximadamente empezó a interesarme la idea de Dios. Empecé a rezar a Dios lo que me complacía en cierto modo porque Dios me parecía carente de contradicciones. Dios no intervenía en mis desconfianzas. Además no para un hombre con negros hábitos ni un «*hêr Jesus*» de los que se representa en cuadros con vestidos de colores y con el que la gentes se comportaba tan familiarmente. Él (Dios) era más bien un ser único de quien no era posible hacerse una idea exacta, como había oído decir. Era como un viejo señor muy poderoso; pero me decía para tranquilizarme: «No puedes imaginártelo, ni establecer comparación alguna.» No podía, pues, permitirme familiaridades con él como con el «*hêr Jesus*» que no era ningún «secreto». Una cierta analogía con mi secreto de la viga empezó a perfilarse...

La escuela comenzó a fastidiarme. Me ocupaba demasiado tiempo que yo hubiese empleado con gusto en dibujos de batallas y en jugar con fuegos. Las clases de religión resultaban increíblemente aburridas y por las clases de

matemáticas sentía verdadero pánico. El maestro hacía suponer que el álgebra es algo por completo evidente mientras que yo ni siquiera logré saber qué son los números en sí y por sí. No eran flores, ni animales, ni fósiles, nada que sea imaginable, meramente cantidades que se representan por cifras. Para mi confusión las cantidades que se sustituyeron por letras que equivalían a sonidos, de tal modo que se podía oírlos, por así decirlo. Asombrosamente mis compañeros supieron habituarse a ello y lo encontraban natural. Nadie podía decirme qué son los números y yo no podía formular la pregunta. Con gran asombro descubrí que nadie comprendía mis dificultades. El maestro se esforzaba cuanto podía, debo reconocerlo, para explicarme el sentido de estas maravillosas operaciones, en convertir cantidades comprensibles en sonidos. Comprendí, finalmente, que este sistema de abreviaturas resultaba adecuado para representar muchas cantidades en una forma abreviada.

Pero esto no me interesaba en absoluto. Pensaba para mis adentros que era completamente arbitrario expresar números mediante sonidos, se podría igualmente expresar a por manzano,* b por peral** y x por signo de interrogación; a , b , c , y y x resultaban inconcretos y no me explicaban nada de la esencia del número, como tampoco del manzano. En especial me sublevaba el principio: si $a = b$ y $b = c$, entonces $a = c$, donde se afirma por definición que a designa algo distinto que b y por ello no podía igualarse, por ser distinto, con b , y nada digamos de c . Si se trata de una igualdad, significa que $a = a$, $b = b$, etc., mientras que $a = b$ me parecía una mentira o falsedad patente. Esta indignación la sentía cuando el maestro consideraba, en contra de la propia definición de paralelas, que se cortaban en el infinito. Esto se me antojaba una absurda majadería en la que yo no podía ni quería participar. Mi moral

* *Apfelbaum*, en alemán.

** *Birnbaum*, en alemán.

intelectual se resistía a esta frívola incongruencia que me cerraba el acceso a la comprensión de las matemáticas. Sólo al llegar a una avanzada edad he experimentado la sensación de que si, como mis compañeros de estudios, hubiera aceptado sin discusión que $a = b$, sol = luna, perro = gato, etc., habría penetrado para siempre en las matemáticas; ello, sin embargo, sólo he llegado a sospecharlo a mis ochenta y tres años. Durante toda mi vida me resultó un enigma por qué no logré hacerme asequibles las matemáticas, de las que nunca dudé que servían para contar. Lo más incomprensible me pareció, sin embargo, mi indecisión *moral* ante las matemáticas.

Sólo podían resultarme comprensibles igualdades en que yo sustituyera determinados valores numéricos por letras y me confirmaran el sentido de las operaciones mediante un cálculo concreto. En lo sucesivo sólo pude salir bastante airoso de las matemáticas dibujando las fórmulas algebraicas, incomprensibles para mí en su contenido, y grabando en mi memoria en qué lugar de la pizarra se realizaban las combinaciones de letras. Con el cálculo no pude entenderme, pues de vez en cuando el maestro decía: «aquí sustituimos la expresión», y trazaba en la pizarra un par de letras. Yo no sabía por qué ni para qué —posiblemente para facilitar un final satisfactorio al procedimiento. Estaba tan asustado ante mi incapacidad de comprensión, que ya no me atrevía a preguntar nada.

Las clases de matemáticas eran para mí temor y tormento. Dado que otras asignaturas me resultaban fáciles y en matemáticas pude salir del paso, frecuentemente gracias a mi buena memoria visual, casi siempre obtuve buenas notas, pero el miedo a un fracaso y a la insignificancia de mi existencia frente a la grandeza del mundo que me rodeaba me produjeron no sólo desgana sino cierto tipo de muda desesperación que me quitó por completo la afición a la escuela. A esto se añadió que a causa de mi inaptitud para el dibujo fui expulsado de clase de dibujo. Esto fue bien recibido por mí por el tiempo que ganaba con

ello, pero resultaba un nuevo fracaso, pues tenía una cierta habilidad en el dibujo de la que no sabía nada ciertamente, y que dependía en especial de mi estado de ánimo. Podía dibujar sólo lo que interesaba a mi fantasía. Pero en la escuela tenía que dibujar reproducciones de divinidades griegas con ojos cegados, y como la cosa no iba bien, mi profesor creyó que necesitaba algo más natural y me puso ante la cabeza de una cabra. Me negué rotundamente a realizar esta tarea y esto puso fin a mis clases de dibujo.

El decimosegundo año de mi vida fue para mí realmente el año del destino. Una vez, a principios del verano de 1889, me encontraba yo a las doce, después de salir de la escuela, en la Münsterplatz, esperando a un compañero con quien recorriamos juntos un trecho de mi camino. Repentinamente recibí un empujón de otro muchacho que me echó por los suelos. Caí y di con la cabeza en el bordillo de la acera; el golpe me dejó aturdido. Permanecí una media hora como atontado. En el momento de recibir el golpe me cruzó un pensamiento como un rayo: ¡Ahora no tendrás que ir más a la escuela! Estaba sólo semiinconsciente y permanecí tendido algunos instantes más de lo necesario, principalmente a causa del sentimiento de venganza contra mi pérfido agresor. Luego me recogió la gente y me dejaron en la cercana casa de dos viejas tías solteras.

A partir de entonces empezaron a manifestarse desmayos y mareos cada vez que tenía que ir a la escuela o cuando mis padres me alentaban a realizar las tareas escolares. Durante más de medio año dejé de asistir a la escuela y esto me vino «de perilla». Podía ser libre, soñar durante largas horas, estar junto al río en los bosques, o dibujar. Pintaba escenas de guerra o antiguas fortalezas que eran atacadas o incendiadas, o llenaba páginas enteras de caricaturas. (Todavía hoy se me aparecen a veces tales caricaturas en algunas ocasiones antes de dormirme: irónicas figuras grotescas que se transforman sin cesar. A veces

eran rostros de hombres que conocía y que murieron poco después.) Pero principalmente pude profundizar en el mundo de lo enigmático. A él pertenecían los árboles, el río, el pantano, las piedras, los animales y la biblioteca de mi padre. Todo resultaba maravilloso. Pero cada vez me alejaba más del mundo —con un vago sentimiento de mala conciencia. Malgastaba el tiempo en vagabundear, leer, coleccionar y jugar. Sin embargo, no me sentía con ello más feliz, sino que me daba cuenta, de modo vago, que huía de mí mismo.

Olvidé por completo cómo fue que llegué a este estado, pero lamentaba las preocupaciones de mis padres, que consultaban a diversos médicos. Éstos se devanaban los sesos y me enviaron durante las vacaciones a casa de unos parientes en Winterthur. Allí había una estación que me apasionaba sin cesar. Cuando regresé a casa todo volvió a ser como antes. Un médico habló de epilepsia. Yo sabía entonces ya lo que eran los ataques epilépticos y me reía interiormente del disparate. Por el contrario, mis padres estaban cada vez más preocupados. En una ocasión, un amigo visitó a mi padre. Ambos se sentaron en el jardín y yo me escondí en un espeso matorral detrás de ellos, pues era de una curiosidad insaciable. Oí cómo el amigo preguntaba a mi padre: «¿Pues qué le pasa a tu hijo?» A lo que mi padre respondió: «Ay, es una desgraciada historia. Los médicos no saben qué es lo que le sucede. Creen que quizás sea epilepsia. Sería terrible si resultara algo incurable. Yo he perdido mis escasos ahorros y ¿qué sucederá con él si no puede ganarse la vida?»

Me sentí como alcanzado por un rayo. Era el choque con la realidad. «Es verdad, hay que trabajar», me cruzó la mente. A partir de entonces me convertí en un niño serio. Fui al cuarto de estudio de mi padre, tomé un libro de gramática latina y comencé a estudiar con ahínco. A los diez minutos me desmayé. Casi caí de la silla, pero transcurridos algunos minutos me sentí mejor, y proseguí en mi propósito. Había ya pasado aproximadamente un cuar-

to de hora cuando me vino el segundo mareo. Pasó como el anterior: «¡Y ahora tú vuelves al trabajo!» Persistí y al cabo de media hora llegó el tercero. Pero no cedí y trabajé todavía una hora más hasta que tuve la sensación de que los mareos estaban ya superados. De improviso me encontré mejor que todos los meses anteriores. De hecho, los ataques no se repitieron más y a partir de este momento trabajé todos los días en mi gramática y mis cuadernos escolares. Después de algunas semanas volví a la escuela y allí no experimenté mareo alguno. El encanto había desaparecido. Aquí aprendí lo que es una neurosis.*

Progresivamente volvieron mis recuerdos, cómo había sucedido todo, y vi claramente que fui yo el que había amañado toda esta historia. Por ello no me sentí nunca enfadado con el compañero que me derribó. Yo sabía que él, por así decirlo, estaba «prefijado» y hubo por mi parte un arreglo diabólico. ¡Esto no me pasaría una segunda vez! Sentía rabia contra mí mismo y al mismo tiempo me avergonzaba de mí, pues sabía yo que estaba equivocado respecto a mí, y así había hecho el ridículo ante mí. Nadie más era culpable. ¡Yo mismo era el execrado desertor! A partir de entonces ya no podía contenerme cuando mis padres mostraban preocupación por mí y me hablaban en un tono compasivo.

La neurosis fue nuevamente un secreto para mí, pero era un secreto vergonzoso y un fracaso. Pero, finalmente, me llevó a un acentuado vigor y a un celo desmedido. Entonces comenzó mi escrupulosidad, no para salvar las apariencias, lo cual tiene algún mérito, sino en mí mismo. Puntualmente me levantaba a las cinco para trabajar y a veces trabajaba desde las tres de la mañana hasta las siete, antes de irme a la escuela.

Lo que facilitó mi conversión fue mi pasión por la soledad, el encanto del aislamiento. La naturaleza me parecía llena de milagros en los que quería profundizar. Cada

* Cfr. Glosario.

piedra, cada planta, todo parecía animado e indescriptible. Entonces ahondé en la naturaleza, penetré, por así decirlo, en la esencia de la naturaleza, lejos de todo el mundo humano.

En aquella época tuvo lugar un importante acontecimiento. Fue en el largo camino de Klein-Hüningen, donde vivíamos, a Basilea. En una ocasión tuve de repente la inquietante sensación de surgir de una niebla espesa consciente de ser ahora *yo*. A mi espalda había como una pared neblinosa, detrás de la cual no estaba yo todavía. Pero en aquel instante *me* realicé *yo*. Anteriormente también existía *yo*, pero todo no era *más* que un hecho. Ahora sabía: ahora soy *yo*, ahora existo. Anteriormente se contaba conmigo, pero ahora quería obrar *yo*. Este acontecimiento me pareció inmensamente significativo y nuevo. La «autoridad» estaba en mí. Extrañamente durante esta época, y también durante los meses de mi neurosis, había olvidado por completo la existencia del tesoro en la viga, pues, de lo contrario, me hubiera llamado la atención la analogía de mi sentimiento de autoridad con aquel sentimiento del valor que el tesoro me prestaba. Pero no fue tal el caso, sino que todo recuerdo del plumier había desaparecido. Por aquel tiempo fui invitado en una ocasión durante la vacaciones por una familia amiga que poseía una casa junto al lago de los Cuatro Cantones. Con gran entusiasmo vi que la casa estaba situada frente al lago y que tenían un embarcadero y un bote de remos. El señor de la casa nos permitió a su hijo y a mí utilizar el bote bajo la firme condición de no cometer imprudencias. Por desgracia, yo ya sabía cómo se rema, cómo se da impulso, o se para. En casa teníamos una fácil embarcación de este tipo sobre el viejo foso del fuerte Abatucci de Hüningen en la orilla badense. Allí habíamos realizado toda clase de imprudencias. La primera, pues, que hice en esta ocasión fue saltar a la popa y directamente hundí el remo en el lago. Esto fue demasiado para el señor de la casa. Nos hizo volver con un silbido y me propinó un

sermón dejándome de vuelta y media. Yo me sentí muy pequeño y tuve que admitir que había hecho precisamente lo que nos había prohibido y que por ello su sermón era plenamente merecido. Pero, al mismo tiempo, sentí rabia de que este zoquete ignorante se atreviese a insultarme a *mí*. Este *mí* no era un simple adulto, sino importante, una autoridad, una persona al servicio de la comunidad, un hombre viejo, objeto de respeto y veneración. El contraste con la realidad era tan grotesco que repentinamente contuve mi rabia, pues me planteó la cuestión: «¿Pero quién eres tú? ¡Reaccionas como si fueras el diablo y, además, sabes perfectamente que el otro lleva razón por completo! Eres apenas un simple muchacho de doce años, un escolar y él es padre de familia y, además, un hombre poderoso y rico que posee dos casas y varios soberbios caballos.»

Entonces, para mayor confusión mía, se me ocurrió que en realidad yo era dos personas distintas. Una era el escolar, que no podía comprender las matemáticas y que ni siquiera estaba seguro de sí mismo y la otra era la importante y de gran autoridad, un hombre que no se deja embromar, mucho más poderoso e influyente que este fabricante. La última de estas personas era un anciano que vive en el siglo XVIII, usa zapatos con hebillas y una blanca peluca, y viajaba en una calesa con altas y cóncavas ruedas traseras entre las que colgaba, de correas y muelles, la caja del carruaje.

El caso es que yo tuve una extraña experiencia: cuando volvíamos en Klein-Hüningen, cerca de Basilea, pasó por delante de nuestra casa un día un antiquísimo coche verde. Una primitiva calesa como las del siglo XVIII. Cuando la vi tuve la sensación inquietante: «¡Héla aquí! ¡Ésta es de *mi* época!» Era como si la hubiera reconocido; pues era del mismo tipo que aquella en que yo mismo había viajado. Y entonces experimenté un *sentiment écourant*, como si alguien me hubiera robado algo, o como si hubiera estado engañado, engañado respecto a mi querido pasado. ¡El carruaje era un resto de aquella época! No puedo des-

cribir lo que pasó entonces por mí o qué era lo que me inquietaba: una añoranza, una sensación de nostalgia o un reconocimiento: ¡Sí, así era, eso era pues!

Hubo todavía otro acontecimiento que me sumergió en el siglo XVIII, una terracota pintada que se componía de dos figuras. Representaba al viejo doctor Stückelberger, una conocida personalidad de la vida de Basilea al final del siglo XVIII. La otra figura era una de sus pacientes. Sacaba la lengua y tenía los ojos cerrados. Sobre ello existía una leyenda. Se contaba que el viejo Stückelberger pasaba una vez por el puente del Rin y vino esta paciente que le había ya disgustado tan a menudo y volvió a importunarle con sus quejas. El viejo señor dijo: «Sí, sí, algo debe pasar con usted. ¡Saque la lengua y cierre los ojos!» Ella así lo hizo y en el mismo instante él se marchó, quedando la muchacha de pie con la lengua fuera para regocijo de la gente.

La figura del viejo doctor llevaba zapatos con hebilla que extrañamente reconocí como los míos o muy parecidos. Quedé convencido: «Éstos son los zapatos que yo he llevado.» Este convencimiento me causó entonces mucha confusión. «Pues sí, ¡éstos eran mis zapatos!» Me sentía todavía los zapatos en mis pies, pero no podía explicarme cómo había llegado a esta asombrosa sensación. ¿Cómo era posible que yo perteneciera al siglo XVIII? Con frecuencia me sucedió entonces escribir 1786 en lugar de 1886 y esto sucedía siempre con un inexplicable sentimiento nostálgico.

Cuando entonces meditaba después de mi escapada en bote en el lago de Cuatro Cantones y del merecido castigo, estas impresiones sueltas se concretaron en una imagen uniforme: yo vivo dos épocas, soy dos personas distintas. Esta conclusión me desconcertó y me sumió en reflexiones. Pero finalmente llegué a la reprimente convicción de que yo no era por lo menos ahora más que el joven escolar que se merece un castigo y al que se ha privado de algo de acuerdo con su edad. Lo demás debía ser un absurdo. Me supuse que tenía relación con las muchas na-

rraciones sobre mi abuelo que mis padres y parientes me habían explicado. Pero tampoco esto podía coincidir por completo, pues nació en 1795, es decir, vivió propiamente en el siglo XIX. Además, había muerto mucho antes de que yo naciera. No podía ser que fuera idéntico a él. Es verdad que estas consideraciones eran entonces sólo vagas suposiciones y sueños. No puedo recordar si ya sabía entonces algo de nuestro legendario parentesco con Goethe. No lo creo, pues sé que obtuve esta noticia de gente forastera. Se basa en una leyenda enojosa el que mi abuelo fuera hijo natural de Goethe.¹

A mis fracasos, en matemáticas y en dibujo, se añadió un tercero: la gimnasia me resultó, desde un principio, odiosa. Nadie tenía que ordenarme cómo debía moverme. Yo iba a la escuela a aprender algo y no quería realizar ninguna acrobacia absurda e inútil. A esto se añadía, como tardía continuación de mis primeros accidentes, un cierto miedo físico que sólo mucho más tarde logré en cierto modo superar. Tenía relación con una desconfianza frente al mundo y sus posibilidades. El mundo parecía verdaderamente hermoso y apetecible, pero estaba lleno de vagos peligros y absurdos. Por ello quería siempre saber, ante todo, qué me esperaba y a quién otorgaba mi confianza. ¿Dependía quizás esto de mi madre, que me faltó durante varios meses? Resultó oportuno que el médico, a causa de mi anterior trauma, me prohibiera la gimnasia. Me libré de esta carga y evité un nuevo fracaso.

En un bello día de verano del mismo año (1887) salí al mediodía de la escuela y fui a la Münsterplatz. La cúpula de la catedral resplandecía de luz y el sol se reflejaba en las nuevas tejas multicolores. Yo estaba impresionado por la belleza de este espectáculo y pensé: «El mundo es hermoso y la iglesia es bella, y Dios lo ha hecho todo y está sentado en un trono dorado allá en lo alto del cielo azul...» Aquí se produjo un vacío y una sensación sofocante. Me

1. Cfr. Apéndice, p. 461.

sentí como paralizado y sólo sabía: ¡Ahora no pienses más! Vendrá algo temible que no quiero pensar, a lo cual no me está permitido acercarme. ¿Por qué no? Porque cometerías el mayor pecado. ¿Qué es el mayor pecado? ¿El crimen? No, esto no puede serlo. El mayor pecado es el que se comete contra el Espíritu Santo, el que no será perdonado. El que lo comete es condenado eternamente al infierno. Sería demasiado triste para mis padres que su único hijo, a quien tanto quieren, incurriera en la condenación eterna. Yo no puedo hacer esto a mis padres. ¡Yo no puedo, en absoluto, continuar pensando en esto!

Esto resultó más fácil de pensar que de hacer. En mi largo camino hacia casa intenté por todos los medios pensar en otras cosas, pero noté que mis pensamientos retrocedían sin cesar a la bella catedral que tanto me gustaba y al buen Dios sentado en su trono, y como alcanzado por una descarga eléctrica, volvía a olvidarlo. Me repetía siempre: «¡No pensar en ello, no pensar en ello!» Llegué a casa muy nervioso. Mi madre notó que me pasaba algo y me preguntó: «¿Qué te pasa? ¿Ha sucedido algo en la escuela?» Podía asegurarle, sin mentir en absoluto, que en la escuela no había pasado nada. Pensé que quizás me aliviara si le confesase a mi madre la verdadera razón de mi inquietud. Pero entonces pensé que al hacerlo debía llevar mi pensamiento hasta el fin, lo que me parecía imposible. La buena mujer no sospechaba nada y era imposible que supiese que yo corría peligro inminente de cometer el pecado que no se perdona, precipitándome en el infierno. Rechacé el pensamiento de una confesión, e intenté disimular lo más discretamente que pude.

Por la noche dormí mal; constantemente intentaba rechazar el pensamiento prohibido, que no conocía, y me esforzaba confusamente en defenderme de él. Los dos días siguientes fueron terribles y mi madre estaba convencida de que estaba enfermo. Rechacé la tentación de confesar, contribuyendo a tal decisión el pensar que si yo cedía, causaría la más grande pena a mis padres.

Durante la tercera noche la tortura resultó tan intensa que no supe ya qué hacer. Me desperté inquieto y me sorprendí pensando en la catedral y en el buen Dios. ¡Por poco pienso algo más! Sentía que mis fuerzas de resistencia me abandonaban. Sudaba de miedo y me senté en la cama para rechazar el sueño. «¡Ahora ha llegado el momento, esta vez va en serio! *Tengo que pensar*. Esto ha de pensarse antes. ¿Por qué debo pensar lo que no sé? ¿Por Dios!, yo no lo quiero, eso está claro. ¿Pero quién lo quiere? ¿Quién quiere forzarme a pensar algo que no sé y no quiero? ¿De dónde procede esta terrible voluntad? ¿Y por qué precisamente yo debo someterme a ella? Yo pensé elogiosamente en el Creador de este mundo hermoso, me sentí agradecido por este inconmensurable regalo y ¿por qué precisamente yo debo pensar en el mal inimaginable? No lo sé realmente, pues no puedo ni debo acercarme siquiera a este pensamiento sin arriesgarme a tener que pensar en ello inmediatamente. Esto ni lo he hecho yo ni lo he querido. Ha llegado a mí como un mal sueño. ¿De dónde proceden tales cosas? Me ha ocurrido sin quererlo yo. ¿Cómo es posible que sea así? Yo no me he creado a mí mismo, sino que he llegado al mundo tal como Dios me hizo, es decir, como fui realizado por mis padres. ¿O quizás lo quisieron así mis padres? Mis buenos padres nunca hubieran pensado en algo de este tipo. Algo tan infame no se les hubiera ocurrido nunca.»

Encontré esta idea francamente ridícula. Entonces pensé en mis abuelos, a quienes sólo conocía por sus retratos. Tenían un aspecto lo bastante bondadoso y respetable para rechazar mi idea de su posible culpa. Recorrí toda la larga serie de antepasados desconocidos hasta llegar a Adán y Eva. Y con ello llegué a la conclusión definitiva: Adán y Eva son los primeros hombres; no tuvieron padres sino que fueron creados directa y deliberadamente por Dios tal como eran. No tuvieron elección alguna sino que tuvieron que ser tal como Dios los había creado. No sabían en absoluto cómo hubieran podido ser de otro

modo. Eran creaciones perfectas de Dios, pues Él sólo crea cosas perfectas y, sin embargo, cometieron el primer pecado porque hicieron lo que Dios no quería. ¿Cómo fue esto posible? No hubieran podido hacerlo en absoluto si Dios no les hubiera dado oportunidad para hacerlo. Esto se deduce de la serpiente que Dios creó ya antes que ellos, por lo visto con el fin de que debía persuadir a Adán y Eva. Dios, en su omnisciencia, lo dispuso todo de tal modo que los primeros padres debían pecar. *Fue, pues, la intención de Dios el que ellos tuviesen que pecar.*

Este pensamiento me liberó de mi estado de enojoso tormento, pues sabía ahora que Dios mismo me había colocado en esta situación. Yo no sabía en un principio si Él con ello pretendía que yo debía cometer el pecado o precisamente lo contrario. Yo no pensé más en rezar para ilusionarme, pues Dios me había colocado en esta situación sin mi voluntad y dejándome desamparado. Estaba seguro de que, en su opinión, sólo yo mismo debía buscar la salida. Con ello se planteó un nuevo argumento:

«¿Qué quiere Dios? ¿Que lo haga o que no lo haga? Debo dilucidar qué es lo que Dios quiere y concretamente ahora y conmigo.» Sabía que, según la moral tradicional, era del todo evidente que debía evitarse el pecado. Así lo había hecho hasta el presente y sabía que no podría hacerlo en lo sucesivo. Mi sueño interrumpido y mi apurada situación anímica me habían conducido al punto en que el esfuerzo por alejar aquellas ideas me destrozaba. Así no podía continuar. Pero no podía en absoluto transigir antes de comprender cuál era la voluntad de Dios y lo que Él se proponía. Estaba seguro de que Él era el causante de esta desesperante dificultad. Es curioso que no pensé ni por un momento que pudiera jugarme una jugarreta el demonio. En mi estado de ánimo desempeñaba entonces un papel muy pequeño y era completamente impotente frente a Dios. Más o menos a partir del momento de mi surgir de la niebla y de mi llegar a-su-yo comenzó a preocupar mi mente la unidad, grandeza y sobrehumanidad de Dios.

Así, pues, estaba para mí fuera de duda el que era Dios quien me planteaba una prueba decisiva y que todo consistía en comprenderle a Él correctamente. Sabía ciertamente que mi desistimiento definitivo sería forzado; pero ello no debía ocurrir sin mi comprensión, pues se trataba de mi salvación eterna: «Dios sabe que no puedo resistir por mucho tiempo y no me ayuda, pese a que estoy a punto de ser forzado al pecado que no se perdona. En virtud de Su Omnipotencia podría Él apartar de mí este imperativo. Pero no lo hace. ¿Será quizás que quiere probar mi obediencia al proponerme la inusitada tarea de hacer algo contra lo cual me resisto con todas mis fuerzas, porque temo la condenación eterna? Pues yo contravendría mi propio criterio moral y los preceptos de mi religión si faltase a sus propios mandamientos. ¿Podría ser que Dios quisiera ver si soy capaz de obedecer a Su Voluntad aunque mi fe y mi entendimiento me amenacen con el infierno y la condenación? ¿Podría ser la verdad!, pero no son más que mis pensamientos. Puedo equivocarme. No puedo arriesgarme hasta el punto de confiarme a mis propias reflexiones. ¡Debo meditarlo a fondo nuevamente!»

Pero llegué a la misma conclusión. «Dios quiere evidentemente que me arriesgue», pensaba yo. «Si es así y lo hago, entonces Él me concederá su gracia e inspiración.»

Hice acopio de todo mi valor como si tuviera que precipitarme en el fuego infernal y dejé volar mi imaginación: ante mis ojos surgió la hermosa catedral, sobre ella el cielo azul, Dios sentado en trono dorado, en la cumbre del mundo, y bajo el trono cayó una enorme cantidad de excrementos sobre la cúpula de la iglesia, la destrozaron y despedazaron los muros del templo.

Esto era pues. Experimenté un gran alivio y un indescriptible consuelo. En lugar de la esperada condenación me llegaba la gracia y con ello una inexpresable dicha, como nunca había experimentado. Lloraba de alegría y agradecimiento de que se me hubieran revelado la sabiduría y bondad de Dios, tras haber sentido su inflexible

rigor. Muchas cosas que anteriormente no había podido comprender se me hicieron claras. Conocía, ahora, lo que mi padre no comprendió: la voluntad de Dios a la que él se resistía con las razones mejor fundadas y la más profunda fe.

Por ello tampoco no había él presenciado nunca el milagro de la gracia que todo lo cura y todo lo hace inteligible. Él había tomado los mandamientos de la Biblia por normas de conducta, creía en Dios tal como en la Biblia se lee y como su padre le había enseñado. Pero no conoció al Dios directamente vivo que es omnipotente y libre, que está por encima de la Biblia y de la Iglesia, que llama a los hombres a su libertad y puede impulsarles a renunciar a sus propias convicciones y opiniones para cumplir incondicionalmente sus mandatos. Dios al poner a prueba el valor humano no se deja influir por las tradiciones, por sagradas que éstas fuesen. Cuida en Su Omnipotencia de que en tales pruebas no sobrevenga nada verdaderamente malo. Si se cumple la voluntad de Dios se puede estar seguro de ir por el buen camino.

Dios creó también a Adán y Eva de tal modo que tuvieran que pensar lo que no querían pensar. Lo hizo para saber que eran obedientes. Así, pues, podía también exigir de mí algo que yo quisiera rechazar por tradición religiosa. Pero fue la obediencia la que me procuró la gracia; a partir de aquella experiencia supe lo que es la gracia de Dios. Me enteré que estoy a merced de Dios y que todo estriba en cumplir Su Voluntad, nada más. De lo contrario caeré en el absurdo. En este momento comenzó mi propia responsabilidad. El pensamiento que debía formular me pareció espantoso y con él surgió la sospecha de que Dios pudiera ser algo temible. Era un terrible secreto el que yo había descubierto y significó para mí una cuestión angustiosa y tenebrosa. Ensombreció mi vida y me dio mucho que pensar.

Experimenté también la sensación de mi inferioridad. Soy un demonio o un cerdo, pensaba yo, algo deleznable. Pero entonces comencé a escudriñar en los secretos de la

Biblia de mi padre. Con cierta satisfacción leí en el Evangelio acerca de los fariseos y los publicanos y hallé que precisamente los réprobos son los elegidos. Me causó una durable impresión que el administrador desleal fuera alabado, y que Pedro, el inconsciente, fuera designado como roca o cimiento.

Cuanto mayor era mi sensación de inferioridad, tanto más incomprendible me parecía la bondad de Dios. Ciertamente nunca me sentí seguro de mí mismo. Cuando mi madre me dijo una vez: «Tú siempre fuiste un buen muchacho», no pude comprenderlo. ¿Yo, un buen muchacho? Esto era una novedad. Siempre pensé que yo era un hombre depravado o despreciable.

Con aquel episodio de la catedral aconteció, por fin, algo verídico en mí que formaba parte del gran secreto—como si hubiera siempre hablado de piedras que caen del cielo y ahora tuviese una en mi mano. Pero era un episodio humillante. Yo me sentía inmerso en algo desagradable, en algo malo y tenebroso, y al mismo tiempo era como un mérito. A veces experimentaba un extraño deseo de hablar sin saber exactamente de qué. Quería comprobar e informarme si otra gente había tenido tales experiencias, o quería indicar que existen cosas maravillosas de las que no se sabe nada. No pude nunca hallar ni el menor rastro de ello en los demás. Me sentí, pues, repudiado o elegido, bendecido o maldito.

No se me hubiera ocurrido nunca, sin embargo, hablar directamente de la visión que tuve, y menos aún del sueño del falo en el templo subterráneo o del hombrecillo tallado en madera, en tanto que lo recordaba todavía. Sabía que no podía hacerlo. Del sueño del falo sólo hablé cuando yo tenía sesenta y cinco años. Las otras experiencias se las comuniqué quizás a mi mujer, pero sólo en años posteriores. Transcurridas décadas después de mi infancia, existía aún un rígido tabú sobre tales cosas.

Toda mi juventud puede compendiarse bajo el concepto del secreto. A causa de ello me refugié en una soledad casi

insoportable y hoy veo aquello como una gran obra, y también como tal el que yo resistiera a la tentación de hablar de ella con alguien. Se configuró ya entonces mi relación con el mundo tal como hoy es: también hoy estoy solo porque sé cosas y debo señalar que los demás no las saben y que, en su mayoría, tampoco quieren en absoluto saberlas.

En la familia de mi madre hubo seis sacerdotes, y no sólo mi padre era sacerdote, sino también dos de sus hermanos. Así, pues, oía muchas conversaciones religiosas, discusiones teológicas y sermones. Tenía siempre la impresión: «Sí, sí, esto está muy bien. ¿Pero qué es el misterio? Existe también el misterio de la gracia. Vosotros no sabéis nada de ello. Vosotros no sabéis que Dios quiere que yo haga incluso lo injusto, que piense en lo prohibido para poder participar de su gracia.» Todo cuanto los demás decían era marginal. Yo pensaba: «¡Por Dios!, alguien debe saber algo de ello. En algún lugar debe encontrarse la verdad.» Rebuscaba en la biblioteca de mi padre y leía todo cuanto encontraba acerca de Dios, de la Trinidad, del Espíritu, de la conciencia. Devoré los libros y no por ello me volví más sabio. Una y otra vez tenía que pensar: «¡Ellos tampoco lo saben!» Leí también la Biblia de Lutero de mi padre. Por desgracia, el habitual sentido «edificante» del libro de Job no me ofrecía un interés profundo. De lo contrario, hubiera encontrado consuelo en él, concretamente en el apartado IX, 30, «Si yo me lavo con agua de nieve... tú me salpicarás de barro».

Mi madre me contó posteriormente que en aquella época yo estaba con frecuencia deprimido. Esto no era exacto, sino que me preocupaba el misterio. Era un consuelo feliz y curioso el sentarse sobre aquella piedra. Ello me libraba de todas mis dudas. Cuando pensaba que yo era la piedra cesaban los conflictos. «La piedra no tiene inseguridad alguna, no se siente impulsada a comunicarse y es eterna, vive durante siglos», pensaba yo. «Yo, por el contrario, sólo soy un fenómeno pasajero que se desvanece en

toda clase de emociones, como una llama que rápidamente arde y se extingue después.» Yo era la suma de mis emociones y la piedra sin edad era otro ser en mí mismo.

II

Entonces se produjeron también profundas dudas en torno a todo lo que mi padre decía. Cuando le oía predicar acerca de la gracia pensaba siempre en mi experiencia. Lo que decía me sonaba a trivial y hueco, como si explicara una historia que ni él mismo pudiera creer por completo o que sólo conociera de oídas. Yo le quería ayudar, pero no sabía cómo. También me contenía el temor a comunicar mi experiencia o a inmiscuirme en sus preocupaciones personales. Además, por una parte, me sentía muy pequeño, y por otra, temía dejarme llevar por aquella sensación de autoridad que me daba una «segunda personalidad».

Más tarde, cuando tenía dieciocho años, tuve muchas discusiones con mi padre, siempre con la secreta esperanza de hacerle saber algo de la milagrosa gracia y ayudarle con ello en sus cargos de conciencia. Estaba convencido de que cuando él cumpliera la voluntad de Dios todo le iría bien. Nuestras discusiones tenían siempre un final insatisfactorio. Le incitaban y afligían. «¡Bah!», solía decir, «tú quieres pensar siempre. No hay que pensar, sino creer.» Yo pensaba: No, hay que experimentar y saber —pero decía: «Dame esta fe», a lo cual él se rendía siempre resignado y encogiéndose de hombros.

Empecé a hacer amistades, especialmente con jóvenes tímidos de procedencia sencilla. Mis calificaciones escolares mejoraban. En los años siguientes llegué a ser incluso el primero de clase. Pero observé que por debajo de mí había algunos que me envidiaban y que querían aventajarme a todo trance. Esto me desagradaba. Me resultaba odiosa toda rivalidad, y cuando alguien convertía el juego en competencia, me separaba del juego. A partir de entonces me mantu-

ve el segundo, lo que me resultaba más agradable. Los deberes escolares me eran ya bastante fastidiosos para querer dificultarlos más todavía con las fatigas de la competencia. Unos pocos maestros, a quienes recuerdo agradecido, me inspiraron confianza. Principalmente el profesor de latín, a quien recuerdo con agrado. Era un profesor universitario y un hombre muy razonable. Pero yo sabía latín desde mis seis años porque mi padre me había dado clases. Así este profesor me envió muchas veces a la biblioteca de la universidad a buscar libros que durante el camino de regreso, prolongado lo máximo posible, curioseaba con encanto.

Para la mayoría de maestros yo era necio y falso. Cuando sucedía algo en la escuela se sospechaba de mí en primer lugar. Si había una pelea se daba por supuesto de que había sido el instigador. En realidad, sólo una vez me vi enzarzado en una pelea en la que descubrí que tenía un buen número de compañeros que me eran hostiles. Me tendieron una emboscada —ellos eran siete y cayeron inesperadamente sobre mí. Entonces, a mis quince años, yo era fuerte y alto, y era propenso a la cólera. Me vi repentinamente en peligro, tomé a uno por los brazos, lo atraje hacia mí y con sus piernas lancé a otros dos al suelo. El asunto llegó a oídos del maestro, pero yo sólo recuerdo vagamente una sanción que me pareció injusta. A partir de entonces estuve tranquilo. Nadie se atrevió ya más a importunarme.

Que tuviera enemigos, que se sospechara injustamente de mí, era algo inesperado para mí, pero no me resultaba del todo incomprensible. Todo cuanto se me reprochaba me disgustaba, pero no me podía defender ante mí mismo. Sabía tan poco de mí y este poco era tan contradictorio, que no podía rechazar ninguna censura a conciencia cierta. Siempre tenía mala conciencia y me sentía potencial y realmente culpable. Por ello era especialmente sensible a las censuras, pues todas daban más o menos en el blanco. Aunque no hubiera hecho en realidad lo que se me imputaba, resultaba perfectamente posible que lo hu-

biera hecho. Incluso, a veces, me preparaba coartadas para el caso de que me acusasen. Me sentía inmediatamente aliviado cuando realmente había realizado algo. Por lo menos entonces sabía de dónde procedía la mala conciencia.

Naturalmente, compensaba mi inseguridad interior con seguridad exterior, o, mejor dicho, el defecto se compensaba a sí mismo sin mi voluntad. Me sentía a mí mismo como quien es culpable y al mismo tiempo quiere ser inocente. En el fondo sabía siempre que en mí había dos personalidades. Una era la del hijo de sus padres, que iba a la escuela y era menos inteligente, atento, estudioso, disciplinado y limpio que muchos otros; por el contrario, la otra era adulta, vieja, escéptica, desconfiada, apartada de la sociedad. Ésta tenía a favor a la naturaleza, a la tierra, al sol, a la luna, al tiempo, a la criatura viviente y principalmente también a la noche y los sueños, y todo cuanto en mí manifestaba la influencia inmediata de «Dios». Sentía en todo ello una señal de «Dios». Pongo aquí «Dios» entre comillas. La naturaleza me parecía, como yo mismo, desterrada de Dios, como No-Dios, aunque hubiera sido creada por Él como expresión de Sí Mismo. No me cabía en la cabeza que la imagen tuviera que limitarse a los hombres. Sí, me parecía que las altas montañas, los ríos, los mares, los bellos árboles, las flores y los animales revelaban más la esencia de Dios que los hombres con sus ridículos vestidos, con su ordinariez, estrechez mental, vanidad, falsedad y su despreciable egoísmo. Todas estas particularidades las conocía muy bien por mí mismo, es decir, por la personalidad número 1, el joven escolar de 1890. Junto a ello existía un dominio, como un templo, en el que todo aquel que penetraba se sentía transformado. De la contemplación del universo uno podía sentirse impresionado y sólo podía experimentar lo maravilloso si se olvidaba a sí mismo. Aquí vivía el «otro» que conocía a Dios como un misterio oculto, personal, y a la vez impersonal. Aquí nada separaba al hombre de Dios. Era como si el espíritu humano contemplara la creación al mismo tiempo que Dios.